

## Como agua para chocolate: para leer, ver y entrar en calor.

Mayleth Echegollen Guzmán

Hace ya muchos años que oí por primera vez aquello de que los hombres son mejores "chefs" que las mujeres; en aquél entonces me dije que era el colmo: ¿cómo era posible que en el oficio ejercido ancestralmente por las mujeres, los hombres fueran mejores? Pero no fue sino hasta hace muy poco que ensayé una respuesta: ¿no será que los varones que cocinan lo hacen primordialmente por gusto o como profesión y que en cambio para las mujeres esta actividad ha significado una especie de esclavitud? O sea, hay "chefs" en masculino, en femenino sólo hay cocineras, así que el tal dicho no es sino una falacia, pues quienes han sostenido por generaciones y generaciones este magnífico arte que es la cocina son indudablemente las mujeres, la mayoría anónimas, quienes de manera cotidiana se vuelcan, gozosas o no, sobre la estufa y las cacerolas.

Y en efecto, la cocina ha significado muchas veces irremediable confinamiento y pesada carga, que no un oficio libremente elegido. Existe, desde luego, el extremo opuesto, el de las mujeres para quienes la indumentaria necesaria incluye el delantal, uno que no se quitan ni para salir a la calle; parte de una identidad, de una forma de ser. Es en todo caso el otro lado de la misma moneda.

Pero para aquellas (os) que optan por la cocina como un oficio, o que se recrean en ella como un arte, su ejercicio les confiere delicias profundas e incalculables placeres.

Tita lo sabe muy bien, el personaje central de la novela de Laura Esquivel, cuyo título *Como agua para chocolate*, tiene resonancias populares y sugerentes, similar a muchas otras que tienen

como referente la comida: como para chuparse los dedos, este arroz ya se coció, tiene "azuquita" en la cintura (dicen los cubanos), o al estilo albur en las significaciones del chile. Es decir, la tradición popular ha asociado desde siempre la comida con particulares situaciones emocionales, y el placer de comer con el placer sexual; seguramente por la sensualidad y sensorialidad que implican y por la

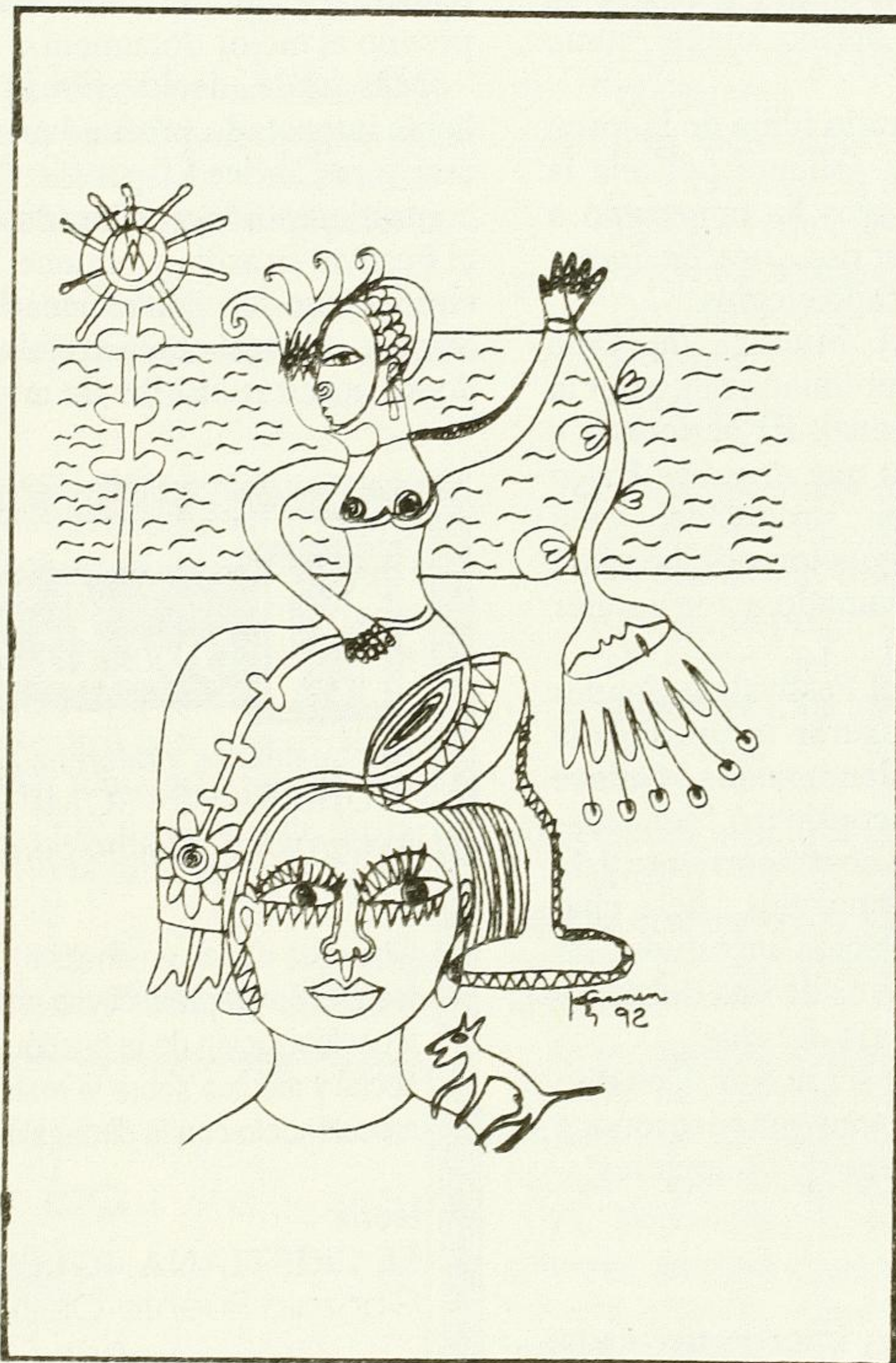
producto útil, claro que en el caso de la cocina el resultado es más sabroso y en ambos casos sostenedor de la vida.

La cocina se nos presenta así, como actividad vital, base y origen de muchas otras actividades que requieren de los mismos elementos: imaginación, creatividad y de una sensibilidad especial para el color, el olor, el sabor, la textura, la composición, muy similar a la que requieren otras artes como la pintura y la escultura, señalada, sin embargo, como arte menor, para variar por el hecho de ocurrir todos los días, en la cocina y a manos de mujeres.

Sólo que este arte se come, alimenta no sólo el alma sino el cuerpo o viceversa, y por eso está más cerca de nuestro propio origen, puesto que la alimentación, como es sabido, juega un papel primordial en el desarrollo psicosocial del ser humano. Es a través de los alimentos que el infante incorpora afecto y cultura y establece el primer contacto con su entorno, relación que va a determinar su manera de estructurar la realidad, sus futuras pautas de conducta y sus posibilidades de desarrollo.

Tita va a ser una bebé rechazada por su madre, Mamá Elena, quien pierde la leche al morir su esposo, y va a ser llevada amorosamente a la cocina por Nacha, la cocinera, para ser alimentada con tés y atoles. De la amorosa Nacha, Tita recibirá el alimento y la vida y además el conocimiento del antiguo oficio de la cocina, preservado de manera oral desde la época prehispánica.

Tita tiene dos hermanas mayores, Rosaura y Gertrudis y a cada una de ellas su madre les ha fijado un destino distinto por lo que cada una de ellas significa: Rosaura, la mayor, educada con esmero, va a ser la principal depositaria de la convención y las nor-



similitud que tienen como actividad vital.

En la novela se establece también el parangón entre la cocina y la ciencia experimental que se configura en el laboratorio: mezcla audaz de ingredientes diversos que nos dan un



mas de la familia, una pequeña réplica obediente de la madre; Gertrudis, hija de la relación extramatrimonial de Mamá Elèna con un mulato, será heredera del amor y la pasión pero también de la vergüenza que debe ser ocultada; Tita, la menor, será destinada al celibato, obligada a cuidar a su madre hasta que ésta muera, convirtiéndose así en una especie de chivo expiatorio propiciador de la estabilidad emocional que le permite a Mamá Elena sobrevivir, puesto que sobre ella proyecta su rencor y su culpa y la represión de la que ella misma fue objeto.

Y va a ser precisamente Tita, la que ha crecido en la cocina al influjo de los más variados olores y sabores, bajo las faldas de una mujer sencilla y sabia, quien primero de las tres va a amar y a ser requerida de amores; ella va a ser la más precoz, la más audaz y la que primero se rebelará ante su destino y será brutalmente reprimida por su madre a cada paso, quien pretende de ese modo doblegar su voluntad. En el colmo de la dureza y como demostración de fuerza, Mamá Elena niega rotundamente la mano de Tita a Pedro, su enamorado, ofreciéndole a cambio la de Rosaura. El, como chico obediente y bueno, no se le ocurre otra cosa que aceptar a la hermana con tal de estar cerca de la mujer que ama.

Así se teje la tensión de un drama irremediable, cuya salida de alivio será la comunicación que entablan los

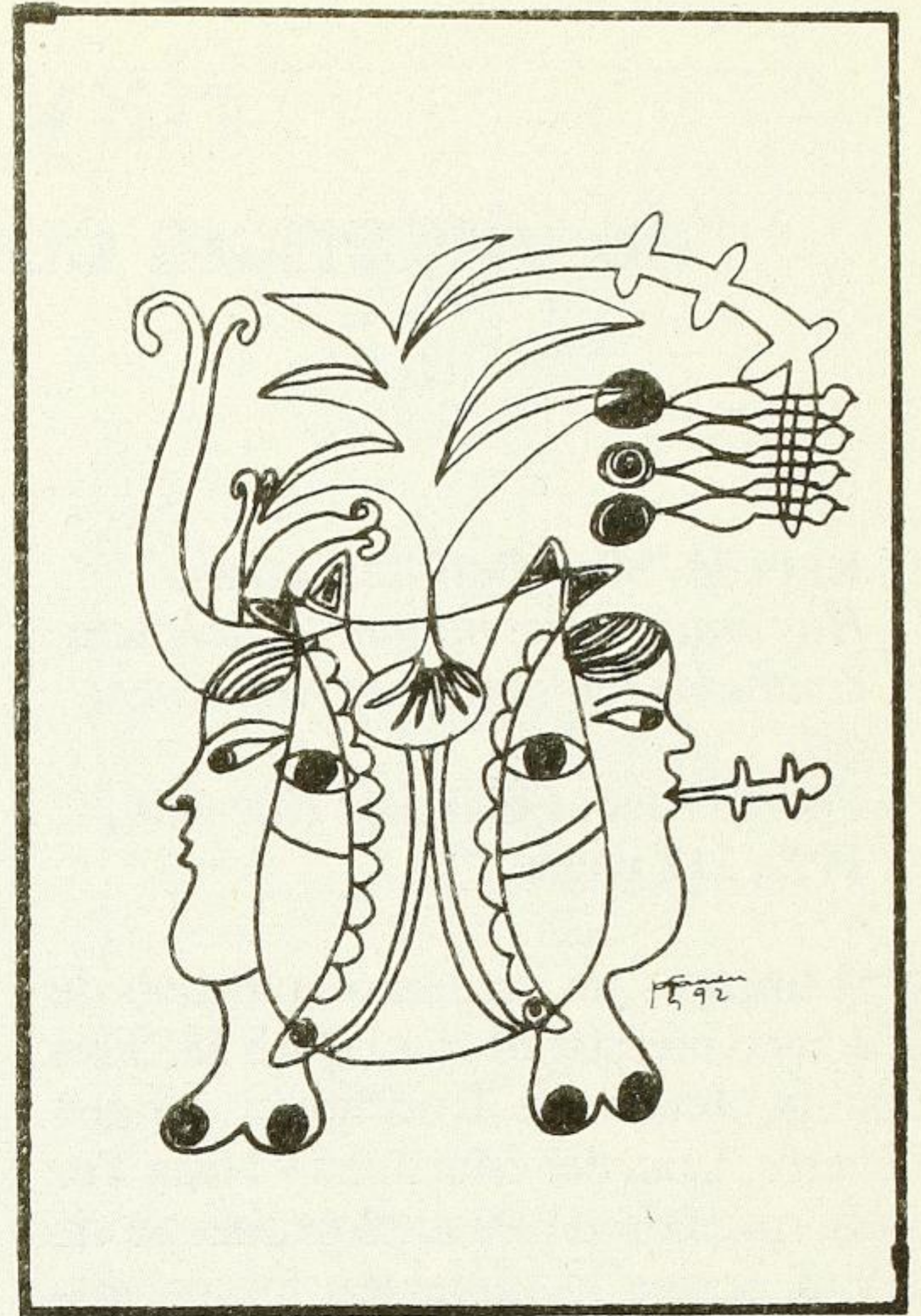
amantes separados, precisamente a través de la comida: Tita guisa y Pedro se deleita; ella expresa todo su amor, su pasión, su sensualidad en cada receta y Pedro los recibe en cada platillo que amorosamente engulle, de modo que la comida expresa y sustituye a la relación sexual. Tita a través de la cocina, encuentra la forma de quebrantar la norma, evadir la prohibición, trascender el destino previsto y sublimar la represión impuesta.

Y Tita va escribiendo un libro con las ricas recetas que el deseo, el dolor, la rabia y la esperanza le hacen inventar; su libro es un diario en el que su historia se entrelaza con los ingredientes, las medidas y un sin fin de secretos caseros que sazonan, sostienen y guían su vida. Amor y comida se funden y confunden, cada receta es una historia, una circunstancia, un deseo.

Al final, Rosaura muere de fuertes desórdenes digestivos (por aquello que sentencia el dicho "que le hace mal hasta lo que no come"), después de haber sostenido un matrimonio ficticio haciendo honor al disimulo y a la convención social, justo un año antes de la boda de su única hija. Gertrudis, siendo testigo en cada comida de la comunicación erótica entre Pedro y Tita, es invadida por un fuego interior incontenible, por lo que se fuga de la casa con un capitán villista y luego de aplacarse en un burdel, se convierte en generala de tropas revolucionarias y se casa con el capitán; después de un año tendrá un hijo mulato, que casi le cuesta el matrimonio, desarreglo menor que habrá de cargar toda su vida.

Tita vivirá durante veintidós años su relación amorosa con Pedro en semiclandestinidad, defendiendo a su sobrina Esperanza de un destino similar al suyo, que Rosaura pretendía imponerle. Muerta Mamá Elena y su hermana, Tita celebra gozosa el matrimonio de Esperanza, quien habrá de recibir de su tía no sólo las recetas de cocina, sino también la posibilidad del amor y de la vida.

Destino de mujeres, recibir la herencia completa de sus ancestras, así Rosaura, Gertrudis y Tita llevarán en su vida y en su muerte la marca de las mujeres que las precedieron. La frustración, la represión, la culpa, la ira contenida, pero también las formas en que defendieron su derecho a vivir.



Sus características particulares son aleccionadoras: Rosaura en su vida no tuvo sino la obediencia y murió pudriéndose por dentro; Gertrudis, única hija del amor, aunque prohibido, manifestará en su vida la ruptura y la contradicción que significan la prostitución y la rebeldía revolucionaria, para llegar a ser, al fin y al cabo, la más institucional de ellas; a Tita la salvó Nacha y su cocina y aprenderá a amar lejos de la convención social, sin culpa y sin remordimiento, una vez que ahuyenta para siempre el fantasma tortuoso de su madre.

Tita logró lo que a veces es tan difícil en la batalla cotidiana de la cocina, la sublimación a través de la imaginación creativa, capaz de expresar la pasión de un corazón enamorado, en el ejercicio de un arte milenario, transformando de esta manera la herencia de miles de mujeres, en vehículo de amor y de vida.

**Para leer:**

**Título:** *Como agua para chocolate*; autora: Laura Esquivel; editorial: Planeta, México, D.F., 1989; 244 pp.

**Para ver:**

**Título:** *Como agua para chocolate*; director: Alfonso Arau; guión: Laura Esquivel; fotografía: Emmanuel Lubeski; música: Leo Brower; edición: Carlos Bolado; con Lumi Cavazos, Marcos Leonardi y Regina Torné.

(La entrada en calor corre por su cuenta).

